

Isabel Giménez Saso

A 50 años del último golpe cívico-militar, estudiantes del Taller de Redacción y Géneros Periodísticos de la carrera de Ciencias de la Comunicación (UBA) visitaron la Casa de las Madres “Nuestros Hijos, la Vida y la Esperanza”, ubicada en el predio de la ex ESMA. Al abandonar el ruido de la Avenida del Libertador en el norte de la Capital Federal —por donde circulan entre 100 mil y 120 mil vehículos por día— los estudiantes se adentraron en las callecitas que atraviesan las 17 hectáreas del predio. Entre tipas históricas, jacarandás, lapachos y sonidos de aves, el ruido del tránsito se esfumó.

Los terrenos fueron cedidos al Ministerio de Marina en 1924 y la Escuela de Mecánica de la Armada fue inaugurada en 1928. Detrás de la sobria arquitectura de sus 35 edificios funcionó, entre 1976 y 1983, uno de los mayores centros clandestinos de detención, tortura y exterminio del país: cerca de 5.000 detenidos-desaparecidos pasaron por lo que aparentaba ser una escuela naval. Los documentos y testimonios exhibidos reconstruyen un tiempo anterior al golpe, cuando miles de jóvenes, impulsados por procesos internacionales y locales —el Mayo Francés, la Revolución Cubana, el Cordobazo— se organizaron política, sindical y culturalmente cuestionando el orden establecido. Fue recuperado por el Estado en 2004 y declarado Sitio de Memoria del Patrimonio Mundial por la UNESCO en 2023. Hoy se reúnen allí organismos de derechos humanos, museos y centros culturales dedicados a sostener la memoria.

Al ingresar a la Casa de las Madres, como una evocación de sus vidas, los y las visitantes protagonizaron una suerte de ronda los jueves. Sobre una estructura que replica la Pirámide de Mayo hay ocho baldosas originales intervenidas con pañuelos blancos. “Retiradas en 2018 durante obras de remodelación”, dice un cartel ubicado al costado. Reunidos alrededor de la obra, los estudiantes se mantuvieron en silencio y se concentraron en el sonido que brotaba de los parlantes: taconazos y voces, mezcladas con nombres y reclamos que transmitían una sensación de angustia y tenacidad.

“Los invitamos a pasar alrededor de la mesa”, indicó Augusto Carlucci, guía de la muestra permanente y sociólogo de la UBA. Una vez que los estudiantes ocuparon el espacio, formuló una pregunta sencilla: “¿Qué es lo que vemos? ¿Qué es lo que hay acá?”. “Una cocina”, respondió una alumna. “¡Antigua!”, agregó otra. Una cocina detenida en los años setenta. Una heladera SIAM, tazas Durax de vidrio verde y una radio encendida. Sobre la mesa, un ejemplar del diario Clarín con un título que ocupa

toda la portada: “NUEVO GOBIERNO”. “Si tuvieran que arriesgar, ¿qué tiene que ver esta cocina con la historia de Madres de Plaza de Mayo?”, volvió a preguntar Carlucci. “Porque su lugar como mujer era ahí, en la cocina, y después se trasladaron al espacio público”, respondió una alumna. El guía asintió.

La identidad de muchas Madres estuvo vinculada a ese espacio por un mandato de género que las relegó a las tareas de cuidado y crianza, mientras sobre los varones recayó el sostén económico del hogar. La mayoría de ellas, agregó el guía, no tenía experiencia previa de militancia o de organización política. “Salieron a la calle sin saber cómo se cortaba una calle, cómo se armaba una consigna o cómo se denunciaba una desaparición forzada”. La cocina, entonces, dejó de parecer una escenografía de época y comenzó a mostrarse como el punto de partida de una transformación.

Un pasaje, al salir de sus casas hacia la plaza, de ese lugar íntimo hacia el espacio público; de un dolor individual hacia un encuentro colectivo. “Porque las Madres salieron a la plaza, pero salieron con otras mujeres”, agregó el guía. “Pedían por sus hijos —con nombre y apellido, ausentes en esa vida cotidiana — pero también por todos los hijos, incluso por aquellos familiares que nunca llegaron a acercarse a un organismo de derechos humanos”. Se abrió una puerta. Desde los parlantes irrumpió un primer audio: *“¡Con vida los llevaron, con vida los queremos!”*. La puerta se cerró. “¿Qué escucharon?”, preguntó Augusto. Una estudiante repitió la consigna y el guía explicó que ese reclamo marcó los primeros años de la lucha: exigir la aparición con vida de quienes habían sido secuestrados de sus casas, trabajos y de la vía pública. Minutos después, la puerta volvió a abrirse. Esta vez se escuchó otra consigna: *“30 mil compañeras y compañeros detenidos desaparecidos, presentes... ahora y siempre”*. La diferencia apareció enseguida entre las respuestas del grupo. “Pasó el tiempo”, observó una alumna. “Hay más voces que responden”, agregó otra. Ya no era solo el pedido de regreso con vida; también aparecía la construcción de una memoria colectiva y el acompañamiento social que no existió en los comienzos. “Hay más personas además de las Madres”, concluyó la guía.

Al despedirse en la planta baja del edificio, los estudiantes quedaron rodeados por los retratos de las Madres. Sus miradas y los pañuelos blancos anudados al cuello acompañaron una certeza que atravesó toda la visita: ya no estaban solas.